

Páginas de LUZ SOÑADA, de Rafael Portal

Nizam Editorial, 2016

Esta fotografía fue tomada en el desierto de Marruecos junto a la frontera con Argelia. De visita a unas familias nómadas un amigo quiso saludar a unos viejos conocidos a quienes no veía desde hacía tiempo. Me impresionó la profundidad a la que estos buscadores de fósiles se jugaban la vida por unos dientes de tiburón.

Aquella noche mi mente luchaba por ordenar las ideas, buscaba la arena blanca, la pureza de la nieve desnuda. Esas estériles dunas de cristal que a mi alrededor me abrazaban podían cortarme la vida, podían incluso dejarme vagar como un enjuto camello de pelo blanco, pero también ponían a mi alcance la plenitud, la divinidad de un hombre en libertad.

Por un momento y sin poderme dormir bajo un finísimo brillo de estrellas, me sentí como aquellos peregrinos neoplatónicos que se adentraban en el desierto en busca de conocimiento. Me costaba asimilar que un día antes estuviera en una permanente ciudad de miles de cimientos profundos.

Fueron días donde los matices, la luz reflejada, los espejismos de difusa bruma cristalina, como agua de lluvia, clarificaron toda posibilidad.



Luz Soñada. Rafael Portal (Nizam Editorial 2016)

Prefiero andar perdido
en el mundo de la luz
buscando al hombre
que vivir seguro en las sombras
rodeado de fantasmas

Era el único blanco en Mfoundi, un alborotado mercado de Camerún donde algazara de escuadrones femeninos se agolpaba en mis oídos.

En aquellas calles estrechas y alborotadas, apretado entre tantas mujeres, sentía cómo se me echaban encima cada vez que mi mirada se alineaba con el visor de la cámara. En medio de aquel tropel de colores de frutas de todos los sabores y cabezas de mono con sus sesos en bandejas de hojas, me llamó la atención el semblante de esta mujer. Me acerqué con la embarazosa excusa de comprar algo y así probar suerte por si podía tomar una foto. Recuerdo su educada curiosidad, sus preguntas sobre mi estancia, mi lugar de procedencia... y, sabiendo que las demás mujeres no me dejaron fotografiarlas, amablemente me dijo que podía hacerle una foto. Cuando me dispuse a ello, todo un griterío de lenguas autóctonas y afrancesadas expresiones irrumpieron bromeando en nuestra sesión. Y gracias a ella, las ausentes imágenes de esa mañana ahora se hacen presentes en mi recuerdo.

Ya había dicho que, cuando escribo, escribo para ti.
Buscando palabras a la salida del sol que iluminen lo humano.
Aún no he dicho que sigo buscando, como una elevación,
unir tu gracia con tu divinidad y, aunque parezca que un gran
silencio los separa, solo con levantar la mano y un salto hacia
arriba el aire vuelve a ti. Y es entonces cuando la realidad,
esa realidad de cada mañana se convierte en azul. Y es ahora
cuando soleadas corrientes de aliviada brisa abrazan tu rostro,
y una luz pura, recién encubrada, ya es una en ti.



Una sola palabra de amor y nacemos

PAUL ÉLUARD

El amor desde que nacemos
se va llenando en una vasija. Jugamos, abrazamos, dormimos
y no nos damos cuenta de que existe.
Creemos que es como el aire
que está ahí para siempre
y solo sabemos de él,
cuando alguien que nos quiere nos castiga diciendo:
¡pues ya no te quiero!,
que es lo mismo que si nos amenazara con
¡pues ahora te quito el aire!
Aunque con esto sigamos sin saber lo que es, nadie desea perder
los acurrucados apretones de una madre
ni el cercano aliento de sus labios.
Sin embargo, cuando crecemos,
confiados como niños,
un corazón pintado y una vasija colmada de amor
es lo que regalamos,
y al poco tiempo,
unos cuantos tuestos rotos y una sola asa
es lo que barremos.
Pero el aire,
esa vida compartida que viene de fuera,
va moldeando -como un alfarero de gran corazón, como un
viento que moldea una nube- nuevas asas transparentes.
E igual que cuando nacemos,
el amor vuelve a ser sin saber qué es.



Hoy regreso a mi infancia
a un pasado con los ojos de este presente.

Yo recuerdo un alma repleta,
sorpresas que colmaban retinas vacías,
momentos que, imperecederos,
albos trascienden.

Yo conocí lo que era nuevo:
frías mañanas de empedradas calles
y gotas en el suelo
de paredes recién blanqueadas.

Yo sentí la primera luz,
fulgor en ovaladas gotas de rocío,
la cobriza tonalidad de campanarios
y rojos geranios de azulados balcones.

Yo recuerdo un temprano canto
de gallos bajo vigas empolvadas de madera
y unos ojos ansiosos
reflejados en pozos de agua blanca.

Yo recuerdo una tarde de noviembre
un llanto de cabellos enjuagados
sobre una abatida almohada
y en el cristal de la mesilla
un pañuelo bordado de larga noche.

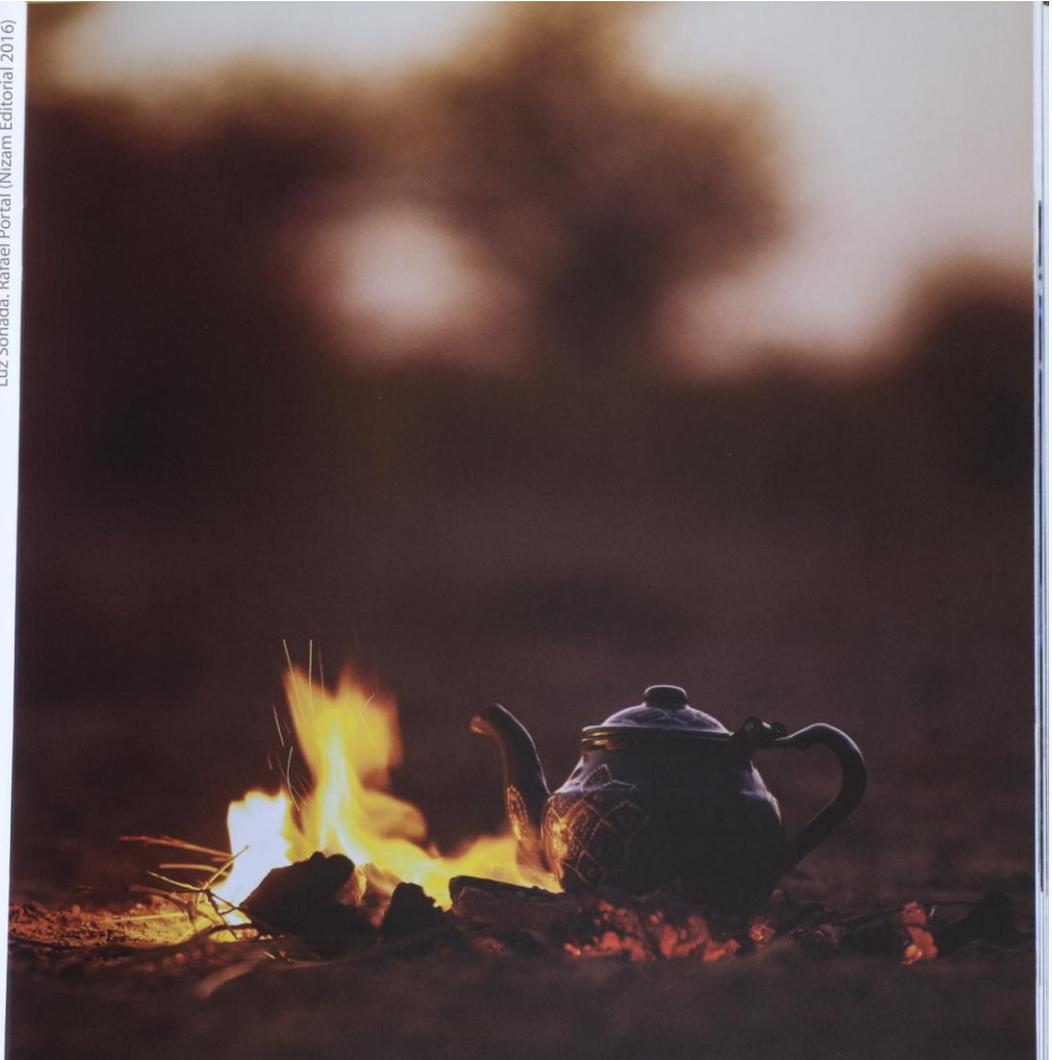
Y esa tristeza
me viene ahora acogedora
con ganas de besar tus lágrimas,
con ganas de abrigar tus mejillas.
Y veo en mí
latidos de nostalgia,
un amor que solo desea
que lo dejen amar.



Esta imagen fue tomada en el desierto de Mauritania. En ese cálido momento del anochecer recordaba deslumbrado las imágenes del día, y a pesar de las yermas pistas de arena en todoterreno, la incómoda dificultad de los baches, el calor y la racionalización del agua, admiraba la imagen centrada de la línea del horizonte a través de una ventanilla.

El brillante vacío blanco del día iluminándolo todo contrastaba con la oscura infinidad de un firmamento que casi se podía tocar. Sentí la necesidad de expresar en aquel momento mágico todo lo que me atraía, pero solo contaba con la luminosidad de mi objetivo 1.4. Entonces me di cuenta de que la mayor plenitud en aquel ahora era poder captar la inmensa pequeñez de un fuego entre luces.

Camino con mi mochila y dentro mis poemas
sin un lugar que los abrigue, sin un libro que guarde mis hojas
seltas.
Había pensado dejarlos en lo alto de un álamo, así entre las hojas
verdes y blancas,
quién sabe si algún pájaro de pardas plumas se fije en las blancas
pensando
que es el revés de una hoja verde.
Había pensado también
dejarlos al principio del camino,
y, quién sabe si, entre veredas y sendas,
a alguien le verdea el camino.
También se me había ocurrido llegar allí,
donde nace el sol, y
dejarlos caer en el perfil del horizonte que acarician los rayos;
y quién sabe si, como un libro abierto,
volarán con las aves esparciendo palabras.



*Mira adelante, aunque te retroceda
el ánimo: El futuro no está roto:
si oscuro, intacto; fértil porque ignoto.
Quiera tu voluntad, tu ánimo pueda.*

ANTONIO CARVAJAL

A la mujer maltratada

Mírame a los ojos. Dame tus manos
que asustas cuando se acercan las mías.
Sigo tendiendo mis manos de gesto amable,
y veo,
cómo amenazantes imágenes
de un futuro ilegible
derraman lágrimas
sobre brazos desnudos.
Dame tus labios,
grita con tus manos sin mancha
el negro lodo que agrietan tus ojos.

Luz Soñada. Rafael Portal (Nizam Editorial 2016)





...Ah, niña mía, madre...

Madre mía, no llores: viveme siempre en sueño.

Dámaso Alonso

A las personas con Alzheimer

Si llego a saber que le iba a coser
los refajos al paraguas,
le hubiera dejado, madre,
mi camisa blanca para que bordara
un corazón de hilo rojo.

Yo quisiera, madre,
que su aguja como estrella puntiaguda
amaneciera atravesando una extensa seda blanca
y anocheciera con un sol bajo el blanco firmamento
anudado a una estela roja.

Yo quiero madre un corazón limpio de relieves suaves
y que desde lejos se vea venir.
Yo quiero madre su corazón.

Hijo, si supiera que estabas aquí,
te hubiera pedido la cuna del desván, y hubiera mecido
la sonrisa de tus ojos y sonrosadas mejillas,
que un día al venir pálida el alba
se fueron con unas nubes nacidas en primavera.

Quisiera hijo,
si aquí estuvieras, llenar la bañera, volver a navegar tu barquito
de papel,
con tu vela y tripulación bordada
en tu camisa de seda.